

**SEMBLANZAS DE LOS
ACADÉMICOS FUNDADORES**

OCTAVIO R. AMADEO

Por el Académico DR. ALBERTO RODRÍGUEZ VARELA

Síntesis biográfica

Octavio Ramón Amadeo nació el 24 de enero de 1878 en la ciudad de Buenos Aires. Su padre, Octavio Benito Amadeo, fue Juez del Crimen en Mercedes e integrante de la Cámara de Apelaciones de La Plata. Su abuelo, genovés, llegó a la Argentina en 1827, emigrado de Italia por razones políticas. Fue uno de los fundadores de la Sociedad Rural. Casó con Genoveva Cáceres y Carranza, sobrina de Dalmacio Vélez Sarsfield y descendiente de los fundadores de Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe.

La madre de Octavio Ramón Amadeo fue Ana Marcenaro, perteneciente a antiguas familias correntinas. Murió joven, a los 36 años, dejando ocho hijos. El mayor, Octavio Ramón, de sólo 13 años, cursó sus estudios secundarios en el Colegio del Salvador, donde se graduó con medalla de oro. Cumplió luego en forma voluntaria el servicio militar, trabajó como escribiente en la Suprema Corte de la Provincia de Buenos Aires, cursó estudios en la Universidad de Buenos Aires y se graduó de Doctor en Jurisprudencia a los 22 años. Su tesis doctoral, titulada "Evolución Unitaria", constituye un anticipo de sus sobresalientes condiciones de publicista.

Inmediatamente después de graduado inició una brillante carrera pública. Fue Secretario del Juzgado del Crimen de Mercedes, Secretario General de la Facultad de Derecho de La Plata, y Director General del Consejo de Educación de la Provincia de Buenos Aires. Entre 1909

y 1911 se desempeñó como diputado provincial. Actuó como Comisionado Municipal en el pueblo de Campana y en 1916 asumió como Procurador de la Corte Suprema de Buenos Aires, ejerciendo esta magistratura judicial hasta el 4 de mayo de 1918. Poco después figuró en una lista de candidatos a diputados nacionales junto a hombres como Lisandro de la Torre, José Luis Murature, Exequiel Ramos Mejía, Rodolfo Moreno, Enrique Larreta, Carlos Ibarguren y Diego Saavedra. En esos años fue, también, profesor de Historia Constitucional en la Universidad de La Plata.

Luego de la Revolución del 6 de septiembre de 1930, Octavio R. Amadeo aceptó desempeñarse como Administrador General de Impuestos Internos de la Nación. Tres meses después, el General José Félix Uriburu pronunció un discurso en la Escuela Superior de Guerra en el que manifestó ideas ajenas a nuestra tradición republicana. Amadeo presentó de inmediato su renuncia, expresando entre otros conceptos: "Tengo una fe profunda y definitiva en la Democracia, que es el menos malo de los sistemas políticos conocidos. El Sr. Presidente dice no tener esa fe; nuestras rutas son, pues, divergentes".

La actuación de Amadeo en Impuestos Internos dejó una huella profunda. Renunció a sus sueldos y los donó al Patronato de la Infancia. Terminó con una serie de corruptelas enquistadas en la Administración General. En esos días se publicó una caricatura suya en la que aparecía, escoba en mano, con una leyenda al pie que decía: "cuando yo barro, barro de veras".

En la década del treinta recibió una serie de distinciones y honores. Su obra *Vidas Argentinas* fue premiada por la Comisión Nacional de Cultura. Se incorporó a la Junta de Historia y Numismática para ocupar la vacante de David Peña. Fue nombrado Miembro Titular de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales y figuró entre los fundadores de nuestra Academia de Ciencias Morales y Políticas. Fue Presidente del Instituto Argentino Brasileño, Miembro del Instituto Paraguayo de Investigaciones Históricas, de la Real Academia de Madrid y de la Academia Argentina de Letras. Integró el Instituto Universitario de París en Buenos Aires, el Instituto

Argentino Chileno, el Instituto Argentino Peruano y el Consejo Consultivo de Cultura Americana.

En 1939 Octavio R. Amadeo fue designado Embajador de la República Argentina en Brasil. Un año después, el Presidente Ortiz le pidió que asumiera el cargo de Interventor en la Provincia de Buenos Aires. Era el hombre elegido para terminar con el fraude e iniciar una etapa de genuina pureza comicial. La muerte de Ortiz modificó el panorama político. En febrero de 1941 presentó su renuncia, dirigida al ministerio del Interior, en la que expresó: "Condeno como una aberración de nuestra cultura política los últimos actos electorales en Mendoza y Santa Fe, y no encuentro en Ud. igual condenación. Esto me hace temer que encontraría obstáculos insalvables al presidir, como era mi propósito y el del gobierno que me designó, comicios ejemplares en esta provincia".

Su alejamiento puso en evidencia los nuevos criterios políticos. En el breve lapso de su gestión se desempeñó bajo el signo de la más severa austeridad republicana. Autor de una magnífica oración literaria titulada "La Bandera", prohibió que se la distribuyera en las escuelas de la Provincia mientras duró su desempeño como Interventor. En el mismo espíritu de austeridad y humildad se inspiró cuando algunos años después no autorizó que se impusiera su nombre a la Biblioteca Municipal de Campana.

Alejado de toda función pública, observaba con lucidez el desarrollo del régimen surgido de los comicios de febrero de 1946. La preocupación por todo lo que acontecía no le impedía confiar en un futuro promisorio: "No comparto la opinión pesimista de los que creen que hemos caído en un túnel sin salida o una noche sin mañana. Ni como argentino, ni como hombre, ni como cristiano, me solidarizo con esas angustias derrotistas". En 1950, a los setenta y dos años, escribía: "La recuperación de la patria vendrá, estoy seguro, pero la enfermedad la habrá dejado extenuada largo tiempo". Dos años después, en una carta a su hijo Jaime, sacerdote jesuita, le expresaba: "En esta post guerra de los post setenta, espero acelerar los preparativos de la rendición de cuentas". Antes debió, empero, presenciar con estupor el incendio de la Casa del Pueblo, de la Casa Radical y del Jockey Club. "Me agrada pre-

senciar el final de esto”, comentó en esos días, apesadumbrado por los sucesos que conmovían a su Patria. La Providencia, empero, tenía su propio calendario. “He dispuesto —escribió antes de morir— que en el día de mi tránsito se me aten las manos con el paño con que ataron las de mi hijo en la unción sacerdotal; lo hago como símbolo de mi acatamiento humilde a la Voluntad de Dios”. El Señor, finalmente, le llamó consigo, el 25 de mayo de 1955. Esa mañana había recordado a su esposa, Doña Fidela Raquel Peña: “no olvides poner la Bandera en el balcón”. Fue el último testimonio de su patriotismo ejemplar.

Obras

“Evolución unitaria” es el título de la tesis doctoral de Octavio R. Amadeo, publicada en 1900. Sus páginas revelan su inclinación por los estudios históricos y su preocupación por la excesiva centralización y la absorción de las autonomías provinciales por el gobierno federal.

Política es un libro editado en 1916. Contiene numerosas reflexiones de sorprendente actualidad. Amadeo enaltece la independencia del Poder Judicial y se muestra partidario de la libertad de enseñanza. Recomienda, además, que el Estado no se entrometa en actividades que de modo más eficiente pueden cumplir los particulares. Sus palabras son un preanuncio del *principio de subsidiaridad* que algunos años después definió Pío XI en varias encíclicas. Amadeo subraya el “peligro de un estado inepto, despótico, que entristezca la vida, metiendo sus patas de pulpo en todos los intereses y en todos los hogares”.

Admirador de la virtud de la fortaleza, el autor de *Política* dedica un capítulo al culto del coraje. Para Amadeo la valentía es “La virtud argentina más excelsa; con ella se conquistó la América, se hizo la revolución y organizóse la república. Con ella se hará la democracia respetuosa de todos los derechos, porque nadie es más respetuoso que un valiente”. La disposición para jugarse entero sin calcular riesgos, es para Amadeo el signo que acredita una personalidad completa: “No será grande el hombre que no lleva siempre en el bolsillo la renuncia de su vida”.

El sentido cristiano y democrático que de la vida tuvo siempre Amadeo, le llevó a extremar el respeto y la tolerancia hacia el adversario, sin renunciar por ello a sus arraigadas convicciones. En *Política* proyecta este esquema vital al ámbito gubernativo, sosteniendo enfáticamente el apotegma según el cual “gobernar es transigir”. A su juicio, “la lección suprema de la vida es la tolerancia; quien no la aprendió, ha vivido con la boca abierta”.

En 1918 Octavio R. Amadeo publica su libro *Por la Justicia*, en el que aparece registrado su desempeño como Procurador General ante la Corte Suprema de la Provincia de Buenos Aires. Es un testimonio valioso que muestra la firmeza que exteriorizó su autor frente a la intervención federal de la justicia provincial. Amadeo desconoció al comisionado federal atribuciones para remover magistrados. “No era, desde luego —comenta Juan Antonio Solari— apegó al cargo, sino salvaguarda de la independencia de un poder constitucional. Al tomar posesión del gobierno el ciudadano electo, el celoso procurador general fue destituido...”

En esa segunda década del siglo escribe varios estudios titulados “Regimen Municipal de la Provincia de Buenos Aires” (1911), “El Presidente Argentino” (1917) e “Inamovilidad de los jueces” (1917), todos ellos publicados como folletos.

La obra cumbre de Octavio R. Amadeo es, sin lugar a dudas, *Vidas Argentinas*, editada en 1934 y distinguida con el Premio Comisión Nacional de Cultura. Con un estilo único, de singular valor literario, el autor traza las semblanzas de Carlos Pellegrini, Julio A. Roca, Adolfo Alsina, Leandro Alem, Bernardo de Irigoyen, José Luis Murature, Domingo F. Sarmiento, Roque Sáenz Peña, Indalecio Gómez, Nicolás Avellaneda, David Peña, Dardo Rocha, Eduardo Costa, Bartolomé Mitre, Antonio Bermejo, Juan Manuel de Rosas y Bernardino Rivadavia.

Vidas Argentinas es un libro de antología. A veces en un párrafo Amadeo sintetiza con elegancia insuperable la modalidad o el perfil descollante de su biografiado. Al referirse a Pellegrini, señala que “tuvo desde joven la difícil tolerancia que otros alcanzan a la vejez, la tolerancia de los abuelos que aprenden la gran lección de la vida, que es transigir y perdonar”. Y agrega, más ade-

lante: "Suelen los jefes ser para sus lugartenientes como la sombra del manzanillo; Pellegrini fue una excepción; a su lado todos cupieron y nunca pretendió que nadie lo abanicara".

Al referirse a Roca, recuerda que "se acompañó de grandes ministros. Así el gobernante se dignifica y redobla su eficacia. A su lado Roca no resultó pequeño. El jefe con estatura —advierte Amadeo— no necesita asociarse con pigmeos para descollar".

Con breves palabras el autor de *Vidas Argentinas* describe de modo elocuente la personalidad de Bernardo de Irigoyen: "no tenía formación de caudillo, le faltaba muñeca, no era un *buen gaucho*, no sabía *servir a los amigos*, le repugnaba postular, no habiéndolo hecho para sí ni para los suyos. No era el hombre que necesitaba la multitud, el jefe de las patotas ruidosas que asaltaba las posiciones para repartir los despojos entre los vencedores. No era político de clientela; era un mal padrino, un mal compadre y un mal caudillo; pero era un gran ciudadano".

La evocación de Domingo Faustino Sarmiento es, indudablemente, una de las más logradas. Culmina con la bellísima descripción de la columna, anunciada por Sarmiento, "entre el polvo de los pueblos en marcha", guiada por la bandera que él consagró con la más alta de sus oraciones. La lectura de esta página, hoy y siempre producirá gran impacto emocional entre los argentinos. En esa columna —escribe Octavio R. Amadeo— "va el mártir de Metán, cuya sangre se hizo llama en la boca elocuente de su hijo. Juan Lavalle, que se entregó todo entero, desde los catorce años hasta su muerte, la voluntad más porfiada, la altivez más altanera; cuyo cadáver descarnado sobre una mula seguía luchando contra los buitres del tirano en el vía-crucis del Alto Perú. El manco Paz, a quien Napoleón habría hecho mariscal y príncipe sobre el campo de batalla de Austerlitz. Urquiza, el libertador, que se venció y se encontró a sí mismo, transfigurándose de señor de su provincia en prócer de la Nación. Y Vélez, el astuto y fino cordobés, que organizó nuestra vida privada, con su régimen sagaz, como un artista del derecho. . . Van los sabios y los poetas. Ameghino y Vucetich, Echeverría, Mármol, Andrade, Ricardo Gutiérrez, Guido Spano, Martín Fierro y Almafuerte. Va Alberdi solo con

Las Bases. Del Carril y Rawson, cuya virtud asombró a Mitre. Los constituyentes del 53 y la pléyade brillante de los hombres de Paraná. Van Pueyrredón, Güemes, Guido, Dorrego y Alvear, el Alvear de Montevideo e Ituzaingó. Los creadores de ciudades: Dardo Rocha. Los oradores mágicos y los escritores artistas: Don Bernardo, Adolfo Alsina, Quintana; del Valle y Cané; Eduardo Costa y Wilde; Estrada, Goyena y Achával Rodríguez; Leandro Alem; Groussac, Magnasco. Y los jefes de estado que pilotearon la nave y la condujeron al puerto: Avellaneda, Roca, Pellegrini, Sáenz Peña... Van nuestros médicos abnegados, aquellos que tuvieron ciencia y tuvieron conciencia; los jueces que no se doblaron; los plantadores de viñas y cañaverales, los fundadores de industrias, los constructores de caminos. Van las nobles mujeres, a quienes corresponde por lo menos la mitad de la gloria de sus hombres". Y así la larga caravana prosigue y "en medio de la caravana de cien millones de argentinos, por él soñada, va el viejo loco, de grandes orejas y labios gruesos, gesticulando, y conduciendo la columna sagrada hacia su destino triunfal".

Otro capítulo notable es el dedicado a Nicolás Avellaneda. Evoca la crisis financiera de su presidencia con palabras que hoy tienen significativa actualidad. Amadeo recuerda que "Avellaneda se negó a decretar la moratoria internacional, no obstante el ambiente casi unánime que tenía esa medida extrema. Según Roca, *«el proyecto de moratoria que llegó a presentarse en la Cámara tenía mayoría en la prensa, en el congreso y en el mismo ministerio; pero, Avellaneda resistió e impuso su voluntad»*. Dijo: *«La República no tiene sino un honor y un crédito como sólo tiene un nombre y una bandera»*. Avellaneda acudió a los remedios heroicos, decretó la abstinencia nacional, y venció, redimió al país, lo sacó sano y salvo hasta la orilla. Toda crisis es una expiación y puede ser una redención. La economía fue brutal; pero se cumplieron todos los compromisos, sin interrumpir los servicios esenciales. Los banqueros de Londres quedaron impresionados de este honor catoniano, potente y corajudo".

Amadeo incluye en la evocación de Avellaneda algunos datos complementarios sobre la crisis financiera de su presidencia que sintetizan la firmeza y austeridad a las

que recurrió en tan grave situación: "En 1876 el presupuesto ordinario y de leyes especiales subió a 31 millones; fue reducido en diez millones, la tercera parte. Las economías de Avellaneda consistieron en reducir sueldos y empleados, sin suprimir servicios. De 17.000 empleados quedaron 11.000, se cortó el tercio. En 1878, sobre el total de gastos autorizados de 27 millones, sólo se gastaron 20; economizándose 7 millones, es decir, la cuarta parte. En 1879 la crisis había pasado y el país ya no consumía cereales del exterior. Los títulos que habían descendido a la tercera parte de su valor nominal, se cotizaron después a la par. La tormenta se alejaba. Avellaneda pudo decir: «*Todo está salvado cuando hay un pueblo que trabaja*»". ¡Qué gran lección para nuestro tiempo transmite Amadeo con tan breves pero elocuentes palabras!

El capítulo dedicado a Mitre es otra pieza literaria de enorme valor. Subraya que el vencedor de Pavón "no sobornó con dádivas al pueblo; no lo corrompió con la adulación y la promesa. En estas tierras blandas de Sud América, tembladeras de déspotas y demagogos, él fue la especie exótica y nueva del demócrata". Agrega Amadeo que Mitre tenía "impasibilidad espartana, levemente taciturna. Era aplomado y se tenía fe, como todos los héroes; tomaba su decisión a la hora oportuna. Tesonero, frugal, tenaz en el revés, estoico sin aspavientos; estaba más arriba del agravio y del rencor. Nunca descendió a la pequeña cuestión, ni arrojaba hortalizas al adversario, ni tuvo esa mezquindad de atribuir a sus predecesores todas las plagas. Por eso dijo: *De estos males, de estos abusos, de estos dolores y de estos peligros, cuya existencia es visible, todos somos solidarios y todos somos responsables*". Palabras que revelan la grandeza del alma de Mitre y que constituyen una nueva lección que Amadeo nos transmite para nuestro tiempo, colmado de demagogos y maniqueos que no vacilan en cargar sobre las espaldas de sus adversarios todas las responsabilidades y todas las maldiciones.

El último gran libro de Octavio R. Amadeo fue *Doce Argentinos*, publicado en 1945. Similar en su estructura a *Vidas Argentinas*, evoca las figuras de Dalmacio Vélez Sarsfield, fray Mamerto Esquiú, Vicente López y Planes,

Juan Vucetich, Pedro de Mendoza, Justo José de Urquiza, Aristóbulo del Valle, José de San Martín, Domingo French, José Manuel Estrada, Leopoldo Lugones y Lisandro de la Torre.

Vidas Argentinas y *Doce Argentinos* son libros hoy inexplicablemente agotados. Resulta incomprensible que la Editorial de la Universidad de Buenos Aires o tantas otras dedicadas a difundir la cultura argentina no hayan incluido estas obras únicas en su género en sus catálogos. Su reedición es una tarea que a todos incumbe. No sólo para rendir homenaje a Octavio R. Amadeo sino como contribución inestimable a la formación cívica e histórica de las nuevas generaciones argentinas.